

**De la línea de fuga a la primera línea de fuego:
*Extra-vagancias de 'lo femenino' en la crítica lemebeliana al hombre
nuevo***

**From the line of flight to the first line of fire:
*Extravagances of 'the feminine' in Lemebel's critique of the new man***

María Pilar Jarpa Manzur¹

mariapilar.jarpa@uv.cl

Recibido: 16 de agosto de 2023

Aceptado: 14 de septiembre de 2023

Resumen: Signado en masculino, el ideal guevarista del hombre nuevo no solamente materializó una asimetría de roles al interior de los movimientos de izquierda en América Latina, sino además exclusiones que, en un sentido más amplio, tocaron a la multiplicidad humana que de alguna manera adhirió al proyecto revolucionario. El presente artículo busca indagar en las posibles bases de la crítica lemebeliana a este ideal. Si, a través de su obra, Lemebel vuelve una y otra vez a la iconografía del 'hombre nuevo', no es sólo para pegarle 'brillos' a la estrella solitaria de su bandera. Desde la lectura del Manifiesto a las huellas ardientes con que marca su paso por los campos de exterminio de Pisagua (sin soltar los tacones), su obra fue una forma peligrosa de corporeizar cadencias, texturas y tonalidades, relegadas 'del partido' por su potencial feminizante. Horadando los límites binarios entre lo masculino y lo femenino, lo duro y lo blandengue, la patria y la muerte, la obra de Lemebel se despliega como una embestida desafiante que apunta al centro falogocéntrico de sus significantes. A través de su crítica Lemebel introduce formas inusitadas de desacato, que interrogan y a la vez desafían el imaginario revolucionario local. Los tacones por el verde olivo, la nostalgia frente al olvido, el brillo contra el régimen de opacidad de los cuerpos, son parte de una propuesta subversiva que instala lumínicas líneas de fuga que tensionan ambos lados de la trinchera patriarcal.

Palabras Claves: Género; Masculinidades heroicas; Figuraciones de lo Femenino; Disidencia sexual.

¹ Universidad de Valparaíso

Abstract: Signed in masculine, the Guevarist ideal of the new man not only materialized an asymmetry of roles within the leftist movements in Latin America, but also exclusions that, in a broader sense, touched the human multiplicity that somehow adhered to the revolutionary project. This article seeks to investigate the possible bases of Lemebel's critique of this ideal. If, throughout his work, Lemebel returns again and again to the iconography of the 'new man', it is not only to glue 'glitter' to the solitary star of his flag. From the reading of the Manifesto to the burning footprints with which he marks his passage through the extermination camps of Pisagua (without letting go of his heels), his work was a dangerous way of corporealizing cadences, textures and tonalities, relegated 'from the party' for their feminizing potential. Piercing the binary boundaries between masculine and feminine, hard and soft, homeland and death, Lemebel's work unfolds as a defiant onslaught that targets the phallogocentric center of its signifiers. Through his critique Lemebel introduces unusual forms of contempt that both interrogate and challenge the local revolutionary imaginary. The heels for the olive green, the nostalgia in the face of oblivion, the brightness against the regime of opacity of the bodies, are part of a subversive proposal that installs luminous lines of escape that tension both sides of the patriarchal trench.

Key Words: Gender; Heroic Masculinities; Figurations of the Feminine; Sexual Dissidence

“Demasiado empinada para el delicado aguante mariposa”:

con-figuraciones materiales y simbólicas del ideal guevarista del hombre nuevo

Su boca en mi boca, su corazón en mi aliento, su fusil donde me siento, el sube y baja de la marea, el baja y hierve de su néctar lechoso que viene. Que sube a nacer conmigo, que hincha la arteria combatiente. (Lemebel, 2014, p. 29)

No había que ser muy sagaz para ver de qué pata cojeaba; habiendo chocolate, había pedido fresa. (Paz, 2006, p. 11)

En nombre de la revolución, que descendió de las sierras, levantó trincheras y abrió sendas por los cerros, la figuración del 'hombre nuevo' circuló en el universo de la guerra de guerrillas como un ideal identitario, cuya encarnación auguraba el fin de las opresiones que pesaban sobre América Latina. Inspirado en la prosa martiana sobre Nuestra América (Martí, 1891)², sus fundamentos se consignaron principalmente a través de la obra discursiva de Ernesto Che Guevara³. Letras inalienables que no solamente actualizaron el marco teórico-filosófico de la lucha de clases, sino que además se extenderían sobre cada uno de los detalles prácticos que pudiesen interferir entre la patria y la muerte. Así, el 'hombre natural' de Martí fue transitando hacia un modelo ejemplar que, al tiempo de reposicionar un estricto código social de pensamiento y conducta, marcaría cada uno de los lineamientos éticos, estéticos y políticos para la consagración de este hombre, precursor del tiempo de lo por-venir. En sus formas retóricas, el discurso guevariano funciona a veces a modo de decálogo y otras veces como diario de vida, epistolario e incluso como cuaderno de recetas combatientes. Desde los dilatados instructivos acerca del uso y la limpieza del fusil hasta los consejos 'varios' sobre la elección de los zapatos y la tela de la hamaca, nada parece quedar 'suelto' dentro de este entramado que inventaría los "preciados tesoros" revolucionarios (Guevara, 1972, p. 81). Pero entre letra y letra se van filtrando los principios metafísicos que delimitan las condiciones 'esenciales' de su existencia:

el guerrillero, como elemento consciente de la vanguardia popular, debe tener una conducta moral que lo acredite como verdadero sacerdote de la reforma que pretende. A la austeridad obligada por difíciles condiciones de la guerra debe sumar la austeridad nacida de un rígido autocontrol que impida un solo exceso, un solo desliz, en ocasión en que las circunstancias pudieran permitirlo. El soldado guerrillero debe ser un asceta...El guerrillero será una especie de ángel tutelar caído sobre la zona para ayudar siempre al pobre...El guerrillero, como reformador social, no sólo debe constituir un ejemplo en cuanto

2 Publicado en La Revista Ilustrada de Nueva York, Estados Unidos, el 10 de enero de 1891 y en El Partido Liberal, México, el 30 de enero de 1891.

3 Especialmente El Socialismo y el hombre en cuba (1965) y el Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental (1967).

a su vida, sino que también debe orientar constantemente en los problemas ideológicos. (Guevara, 1972, pp. 71-73)

Así, entre el ángel tutelar y el reformador ascético, el hombre nuevo se va prefigurando sobre la base de una heroicidad marcada por valores como la trascendencia, la consecuencia y el desprendimiento de todo anclaje mundano que pudiese obturar el proceso revolucionario. Las improntas sacrificiales del discurso guevariano se inscriben en cada espacio de la revolución (campamentos, trincheras, industrias), pero también en las esferas más difusas de 'lo privado'. Me refiero a esos espacios que transitan entre lo cotidiano, lo íntimo y a veces lo doméstico, dentro de los cuales los cuerpos en revuelta también son interpelados en sus acciones, pasiones y deseos. Incluso en sus formas de experimentar las horas del día y el mundo 'solapado' de la noche. Anverso higienizado en sus placeres, en vistas a una nocturnidad que ya no admite "una sola debilidad en los compañeros" (Guevara, 1972, p. 75).

El combatiente guerrillero es un combatiente nocturno, y al decir esto se dice también que tiene todas las cualidades de la nocturnidad. Debe ser solapado, marchar hacia el lugar del combate, por llanos o montañas, sin que nadie se entere de sus pasos y caer sobre el enemigo aprovechando el factor sorpresa, muy importante de recalcar en este tipo de lucha. (Guevara, 1972, p. 75)

Desde una perspectiva de género, me interesa relevar lo que esta construcción identitaria anuncia ya a través de la extensión universalista del nombre. Porque, más allá de todo equívoco azaroso de la lengua, el hombre nuevo fue la expresión de una pragmática deliberadamente signada en masculino. Señala Vidaurrázaga que "no por nada se llamó hombre y no humano...el hombre nuevo nunca estuvo pensado para las mujeres" (2012, p. 87). Desde este sesgo masculinizado, la noción de revolución se proyectó sobre la base de un orden material y simbólicamente centrado en el alumbramiento del 'elegido' y de los "hombres y solamente hombres" (Silvio Rodríguez, 1975) que, en un sentido sexual y generizado del término, podrían encarnar sus mandatos beligerantes.

Tensando el orden del discurso, los estudios de Ruiz, Jelin, Oberti, Vidaurrázaga -entre otras- dan cuenta de las múltiples dificultades que enfrentaron las mujeres militantes -principalmente caribeñas y conosureñas-, para adaptarse a un ideal diseñado exclusivamente 'para militantes varones'. La 'urgencia' y 'la contingencia' no sólo postergaron las dimensiones políticas de 'lo personal' -en un sentido kirkwoodiano del término-, sino que también se erigieron como un imperativo categórico de una 'razón revolucionaria', que no dejaba de rondar sobre las clasificaciones dualistas que históricamente delimitaron una profunda asimetría de sexo y género.

En un estudio sobre el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), Ruiz y Vidaurrázaga (2019) abordan las nociones de sacrificio, pureza y traición, identificando algunos anclajes simbólicos que permiten entrever configuraciones esencialistas de larga data:

La asociación de la debilidad, la cobardía y la traición con lo femenino puede ser observado en la "Declaración de principios del MIR" y en otros documentos partidarios. Asimismo, la hombría, "tener huevos", eran rasgos y características asociadas al modelo de buen revolucionario, figura siempre masculina que destacaba por su audacia, disciplina, fortaleza, valentía y valor a toda prueba. (p. 42)

Con todo, no se trata de que el discurso guevarista obviara a las mujeres. Al contrario, su lugar es insistentemente re-marcado. La cocina, la costura, la alfabetización o el trabajo social en tiempos de la retaguardia, son parte de las labores que taxativamente se fueron sellando en rojo y negro. El problema no parece estar tanto en la forma y, tal vez, ni siquiera en el fondo argumentativo de un discurso construido bajo una lógica que 'consecuentemente' nunca abandonó sus formas oposicionales. Lo que llama la atención es el modo embozado de desplazar y sobre todo de emplazar a 'la mujer' al mismo lugar subalternizado de esa historia dominante -universal, (neo)colonialista e imperialista- que el discurso guevariano critica y confronta enérgicamente en el resto de sus líneas estructurales⁴. Diversos pasajes, como el que cito en lo que sigue, dan cuenta de una 'real' preocupación por los roles, funciones y quehaceres de 'la mujer' al interior de la revolución, pero también de los cercos simbólicos con que este discurso reproduce su histórica condición de subordinación:

Tarea de gran importancia de la mujer es el enseñar las primeras letras e incluso la teoría revolucionaria, a los campesinos de la zona, esencialmente, pero también a los soldados revolucionarios. La organización de escuelas, que es parte de la organización civil, debe hacerse contando fundamentalmente con mujeres que pueden inculcar mayor entusiasmo a los niños y gozan de más simpatías de la población escolar. Además, cuando ya se hayan consolidado los frentes y exista una retaguardia, las funciones de trabajadora social corresponden también a la mujer, investigando todos los males económicos y sociales de la zona con vistas a modificarlos dentro de lo posible. En la sanidad, la mujer presta un papel importante como enfermera, incluso médico, con ternura infinitamente superior a la del rudo compañero de armas, ternura que tanto se aprecia en los momentos en que el hombre está indefenso frente a sí mismo, sin ninguna comodidad, quizá sufriendo dolores muy fuertes y expuesto a los muchos peligros de toda índole propios de este tipo de guerra. (Guevara, 1972, pp. 132-133)

Entrelíneas, este fragmento no deja de reiterar los mismos términos universalistas que históricamente contribuyeron a cristalizar la idea de una naturaleza femenina anclada al cuidado, la espera y la reproducción. En este caso, esta idea se reitera a través de un discurso destinado al "papel de la mujer" (Guevara, 1972, p. 131), que al tiempo de elogiar sus 'habilidades especiales', la mandata a la esfera maternal de la revolución. En el marco de la enseñanza o el cuidado de los heridos, los cuerpos femeninos parecen seguir reiterando labores culturalmente

4 Por ejemplo en el "Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental" (Guevara, 1967).

feminizadas. De alguna manera, su 'papel' queda atrapado en esos espacios otros y secundarios, como comparsa de campesinos, soldados y rudos compañeros de armas; todos padres, esposos, hermanos o hijos de la revolución. Pero al reverso de este elogio, coexisten los componentes más deficitarios de una esencia femenina asociada a la pasividad, la debilidad, la delicadeza y -en este caso- a esa ternura que el comandante tanto aprecia. Me parece imprescindible notar la forma en que esta 'infinita ternura' contrasta con el despliegue de sus fuerzas militantes. Una de las frases más citadas, -estampada en posters, muros, camisetas, etc.- reitera el llamado (atribuido al Che) a: 'endurecerse sin perder jamás la ternura'. Sin embargo, dentro del proceso revolucionario, es posible entrever cómo esta ternura se va desdibujando, a través de las prácticas que terminaron por privilegiar la exacerbación de una dureza ejemplar. No tan distante ni tan distinto del extenuante recorrido de Martí, que termina por abandonar a su "magnífica doncella" (Martí, 1995, p. 445). La ternura, tantas veces evocada por el Che Guevara, parece ser descartada en pos de un núcleo identitario que vuelve siempre a un pacto virilizado, que sólo puede consagrarse a través de una cofradía de patriarcas. La imbricación entre los discursos sobre la sexualidad y los valores de identidad nacional ha sido extensamente estudiada. No solamente en relación con una Cubanía emergente que se consolida en el contexto caribeño de la revolución, sino también en los territorios tricontinentales en que se enmarcaron sus proyectos. De la teoría a las prácticas, pero también desde las tácticas a las estrategias combatientes, cada argumento parece transitar desde los mandatos éticos y políticos hacia una dimensión estética en que se materializan sus repartos binarizados. Un claro ejemplo puede hallarse en la poética revolucionaria que hace de la patria un espacio feminizado, a veces parturiento y otras veces implícitamente expuesto a la penetración y conquista, en ambos sentidos de la palabra:

Desde el inicio, el nacionalismo revolucionario hegemónico estableció una conexión de los discursos de la sexualidad con las nociones sobre la soberanía y la colonización imperial y la nación comenzó a pensarse como un espacio femenino, vulnerable y susceptible a la penetración extranjera. La idea de la nación como espacio penetrado empezó a complementarse con la figura del guerrero que encarnaba el propio Fidel Castro. Como bien señala Frances Negrón, durante el período heroico de la Revolución, el cuerpo físico de Fidel Castro, "erecto, impenetrable y vestido de verde oliva, militarizado y listo para la guerra contra el imperialismo yanqui", se sintonizó con el cuerpo político cubano. (Sierra, 2016, p. 315)

Y es también de este modo penetrante como la masculinidad del hombre nuevo va trazando sus prerrogativas por sobre el resto. Podría sostenerse, siguiendo a Grau (2006), que estas prerrogativas se instalan a partir de una idea de "correspondencia de las partes con el todo o del todo con una parte" (p. 56), la genital. Parte culturalmente sobredimensionada que, en este caso, determina el destino desigual de los cuerpos en revuelta. Y esta correspondencia, o su falta, trasciende un plano lógico para proyectarse en el estatus ontológico de estos cuerpos, a través de diversos dispositivos que develan y estigmatizan su 'verdad' y

su 'origen'. En esta misma línea, Eltit (1991) pone especial atención a lo que el cuerpo exhibe y a la vez oculta en sus arropamientos:

El cuerpo muestra, a través del "género" que lo viste, la adscripción a su género; en la moda que adopta, el tramado lujoso o precario de su ley; en la imagen vestida, lo indesmentible de su sexo. De esta manera se asiste a una paradoja, pues el cuerpo aparece vestido para dar cuenta de lo que contiene la desnudez (esa parece ser la política de todos los ropajes) y como tal, la ropa des-cubre una anatomía que al vestirla la desviste. Así la ropa y su doblaje ideológico en moda, surgen como uno de los instrumentos sociales que mejor determinan el control sobre los cuerpos divagantes en una historia y, en ese sentido, es posible ejercer una analítica en torno a un poder específico depositado en el imaginario convencional de lo femenino y lo masculino. (p. 20)

Explorar esta sintaxis sexo-textil y textual del 'género' no sólo implica atender a las cosméticas, ropajes y efectos de camuflaje, sino también a las extensiones con que el poder de lo genital se exagera en sus efectos más porosos y epidérmicos. Más allá del verde olivo, los bototos o la gorra, la hegemonía de la parte y del todo puede materializarse también en el enronquecimiento de la voz, en la rudeza del gesto, en los modos de pisar firmemente el terreno o de empuñar los dedos de la mano; haciendo de cada parte una extensión hiperbolizada de un todo que anuncia sus privilegios de erección. Es interesante en este punto notar, por ejemplo, el culto estético a las barbas. Crecimientos 'naturales' que 'inevitablemente' se desafeitan en la trinchera, pero también sirven como justificación de la rudeza visual que marcará el roce de los cuerpos.

Hasta aquí, es posible inferir que el discurso guevariano se consolida sobre la base de un pacto excluyente y patriarcalizado, que se extiende a los diversos personajes que rondan la escena del poder. Desde el elegido a los guerrilleros de primera línea, el orden falogocéntrico no parece ser solamente una modalidad del orden simbólico, sino más bien el orden simbólico dominante. Dentro de las configuraciones asimétricas de este orden se levantan fronteras que funcionan como trincheras existenciales y espacio-temporales entre los hombres, sujetos de poder, y las mujeres, 'sujetas' (en el sentido más inmovilizante del término). Y desde aquí surge la pregunta por los cuerpos divagantes -como diría Eltit (1991, p. 20)- que más allá del 'sexo verdadero', transitan por este universo sin cerrar su proyecto genérico. Si dentro del orden discursivo de la revolución, lo femenino es signado bajo los tópicos recurrentes de la debilidad, la cobardía y el sentimentalismo, esto también se extiende a sus potenciales alianzas. Pero ya no se trata sólo del brazo de uñas pintadas que Martí atribuye a la abyección extranjera:

No les alcanza al árbol difícil el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulsera, el brazo de Madrid o de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol. Hay que cargar los barcos de esos insectos dañinos, que le roen el hueso a la patria que los nutre. Si son parisienses o

madrileños, vayan al Prado, de faroles, o vayan al Tortoni, de sorbetes. (1891, p. 134)

La pregunta que subyace al epígrafe citado al comienzo de este apartado - ¿Fresa o chocolate?- da cuenta del arreciamiento de estos términos oposicionales que, en el tiempo, se extenderían a una diversidad de sabores, texturas, ritmos y colores. El arriesgado relato que Senel Paz hizo circular en los años 90' devela los extremos más binarizados del discurso revolucionario. Su cuento, "El lobo, el bosque y el hombre nuevo" fue la base de la película Fresa y chocolate (Gutiérrez y Tabío, 1993), que puso esta pregunta al centro de sus escenas más polémicas:

Miguel: Y, ¿cómo tú sabías que era maricón?

David: Uno se da cuenta enseguida. Mira, había chocolate y pidió fresa.

Entonces los abismos categoriales no sólo se erigieron entre 'el hombre' y 'la mujer' sino que se amplificaron hacia la división infranqueable entre los barbudos que bajaron de la Sierra y esos 'otros' a quienes la montaña les resultó "demasiado empinada" para su "delicado aguante mariposa" (Lemebel, 2017a, p. 193).

En una investigación sobre discurso sexual y cubanidad, Álvarez (2003) ofrece una detallada aproximación a las especificidades del imaginario cubano en torno a la homosexualidad. En este contexto, es interesante notar que la noción misma de homosexualidad -en la cual se basaron los principios de su interdicción- no pasaba tanto por el acto sexual, sino por el lugar pasivo que se ocupaba dentro de este acto. Por tanto, lo amenazante de estas prácticas era la forma en que esta pasividad -conceptualmente entramada a una debilidad propia de lo femenino- 'somatizaba' una inferioridad esencial, dada en los 'errores' del afeminamiento. En palabras de la investigadora fue característico de la revolución:

el explícito rechazo a la homosexualidad, entendida, siguiendo a Martí, como símbolo de debilidad que alejaba lo masculino del ideal militar revolucionario. En 1962 y durante un discurso público, Fidel Castro define la homosexualidad como "gusanera de la Revolución", definición que será empleada años más tarde para definir la oposición al régimen. El adjetivo "gusano" para definir al homosexual en Cuba reforzó aún más el sentimiento de homofobia social general. En 1965 se promulga una ley que prohíbe a los homosexuales realizar cualquier trabajo relacionado con asuntos sociales y educativos debido a que, en palabras de Castro, "se quiere promover en nuestra juventud el espíritu más fuerte posible". De nuevo aparece el viejo binomio homosexualidad-debilidad del ideario cubano martiano. (Álvarez, 2003, pp. 25-26)

En el tiempo, se irían sumando diversos dispositivos de represión basados en estos discursos. Uno de los más citados en los estudios académicos -y a la vez desmentidos por las autoridades cubanas- fueron las UMAP (Unidades Militares

de Ayuda a la Producción). A estos centros, que funcionaron entre los años 1965 y 1968 como espacios de destierro y trabajo forzado, iban a dar aquellos cuerpos que "se hacían otros de los previsible" (Grau, 2006, p. 57). Y si bien, estos espacios estaban diseñados para la rehabilitación o reeducación política de todos los "sujetos considerados fuera del canon revolucionario" (Sierra, 2016, p. 311), había un lugar especial para las corporalidades sexualmente errantes y sus 'mentes desviadas'. Diversos testimonios que dan cuenta de su paso por las UMAP -Pablo Milanés, entre otros-, coinciden en sus memorias en torno al explícito cartel que se levantaba en el frontis de una de sus sedes, señalando: "El trabajo os hará hombres" (Almendros, 1984; Pin Vilar, 2017). Considerando las especificidades culturales locales, los estudios en torno al caso chileno y a la tensión entre homosexualidad y discurso revolucionario -Contardo, Acevedo, Cerda, Power, entre otras/os-, han dado cuenta de las improntas homo y transfóbicas del ideario cubano. Improntas que circularon desde los discursos políticos hasta la prensa de la Unidad Popular. En el marco de estos estudios, lo que llama la atención es precisamente el punto de unidad entre las publicaciones de la izquierda y la ultraderecha, que de algún modo confluyen hacia una sostenida denostación de la homosexualidad. Denostación que incluso está presente en algunas declaraciones públicas de Salvador Allende:

Un nuevo Gobierno llegaba al poder, encabezado por un hombre de reconocida heterosexualidad (casado, con hijos y varias amantes), con las esperanzas de hacer una revolución en democracia que aspiraba al surgimiento del "hombre nuevo". Un gobierno que se debía al pueblo, al obrero y al campesino, representado por un presidente que solía jactarse de que de él podían decir cualquier cosa, pero nunca podrían acusarlo de ladrón ni de maricón. La virilidad parecía ser un asunto sumamente importante en la "vía chilena al socialismo". (Contardo, 2019, p. 274)

Dentro de esta vía, el ideal del hombre nuevo no sólo se circunscribió a los discursos oficiales, sino que se proyectó a través de la literatura, el muralismo, la poesía y también la música. "El deseo de cambiar cada cuerda por un saco balas" (Silvio Rodríguez, 1991) fue en Chile mucho más que un parafraseo simbólico de la experiencia cubana. Pero si el arte debía estar al servicio de la revolución, también parecía alinearse al peso binario de su discurso. Con todo, un estudio exhaustivo en torno a las estéticas generizadas de la Nueva Canción Chilena y el Canto Nuevo de Chile, excedería los límites de este escrito. Sin embargo, queda abierta la pregunta por esos cantores de largos ponchos, bigotes y voces sostenidamente impostadas en masculino (Quilapayún⁵, Inti Illimani, Ángel Parra, Patricio Manns, entre otros). Como también quedan en suspenso algunos casos que podrían develar otras "huellas del deseo" (Grau, 2006). Me refiero, por ejemplo, al 'caso' de Rolando Alarcón y Víctor Jara, expuestos a las acusaciones oportunistas de la derecha, pero también a la negación absoluta por parte de la izquierda. En medio de la trinchera homofóbica, Víctor Jara ha quedado sin más, fuera de toda

5 En mapudungun el nombre Quilapayún significa "Tres barbas".

sospecha, asegurándose su convicción terminante y su enérgico, irrevocable y ferviente repudio a esta clase de 'conductas impropias' (Contardo, 2019; Party, 2019). Nada que diera para pensar en otras constelaciones posibles para el 'andamiaje de sus estrellas'.

Lemebel, el hombre nuevo y 'la plegaria del maricón'

De seguro que si vivieras, Ernestito, te habrías pegado una revisada a tu metraca virilidad. Te habrías arrepentido de haber tirado al suelo el libro de Virgilio Piñera, cuando lo encontraste en la biblioteca de una embajada cubana y le dijiste al embajador que cómo podían tener a un maricón metido allí. (Lemebel, 2017b, p. 77)

Volver a la memoria de estas 'purgas' históricas, permite entrever ese 'lugar sin límites' que Lemebel pulsa a través de su devenir. Más allá de ser el síntoma de una abyección, su osadía 'afeminada' se implica y se complica en los extremos que conjura y a la vez desmonta. Los principios -físicos y metafísicos- que va interpelando a través de sus intervenciones, tensionan los abismos infranqueables entre ser, parecer y llegar a ser 'mujer'. Así, las fronteras de su relegación se vuelven porosas, se debilitan y pueden incluso llegar a borrarse. En sus nomadías identitarias, el único lugar fijo en que Lemebel se detiene es en las marcas más espurias, denostadas y culturalmente arriesgadas de 'lo femenino.' Y es este el 'punto corrido' que ilumina como un lugar político (Lemebel, 2017a, p. 167).

Al nombre de yegua que colectivamente suscribe en los años 80', se adhiere su renuncia al nombre del padre y su recurrente osadía de predicarse en A, en un tiempo en que ya existían las @ y las X del lenguaje inclusivo. 'Arte de la provocación' (Hernández, 1999) pero también práctica existencialmente arriesgada en sus encarnaciones. Por una parte, frente a la arbitrariedad fáctica de las leyes y artículos de leyes que en ese tiempo aún penalizaban la homosexualidad⁶. Todos 'ultrajes' posibles de criminalizar frente a la sospecha por un modo bamboleante de andar (Zadjermann, 2006), el uso indebidamente ajustado de un atuendo o el abuso de un tono 'ilícitamente' encarnado. Pero, por otra parte, Lemebel también enfrentaba los lineamientos de base de una izquierda que, más allá de los códigos penales, no dejaba de trazar su propio orden de exclusiones. Desde la lectura del Manifiesto a las huellas de sangre con que marcaría su paso por los campos de exterminio de Pisagua (sin soltar los tacones), su performance fue una forma peligrosa de corporeizar cadencias, texturas y tonalidades,

6 En Cuba, en términos tan amplios como la Ley de vagancia, basada en las ideas martianas de extravagancia y 'blandenguería', que entró en vigencia a partir del año 1971 (Almendros, 1984). En el caso de Chile, se trata del Artículo 365 del Código Penal que castigaba con cárcel la sodomía y que sería modificado a través de la ambigua glosa que cifraría las ofensas contra la moral y las buenas costumbres (Contardo, 2019, p. 38).

relegadas 'del partido' por su potencial feminizante. Refiriéndose al contexto chileno, Contardo reseña:

La primera vez que la izquierda chilena fue directa y públicamente interpelada por esta razón ocurrió en septiembre de 1986...en medio del acto político de la izquierda, Pedro Mardones Lemebel apareció maquillado y calzando zapatos de taco alto. Había dibujado una hoz roja que atravesaba su mejilla desde sus labios a su frente. Así fue como leyó ante la concurrencia el manifiesto "Hablo por mi diferencia"... el propio autor recuerda el momento: "Un tipo me dijo al final que era como la 'Plegaria del Labrador', la canción de Víctor Jara, pero en este caso del maricón". (2019, pp. 322-323)

Revisitar la forma en que la masculinidad del hombre nuevo -sacrificial, heroica, coherente, trascendente- se instala en la trinchera, permite a la vez visibilizar las prácticas performativas de Lemebel, en sus modos de desmarcarse de los metarrelatos hegemónicos de la revolución. Si, a través de su obra, Lemebel vuelve una y otra vez a esta iconografía, no es sólo para pegarle 'brillos' a la estrella solitaria de su bandera. Cada intervención de los símbolos de la izquierda pone en escena preguntas punzantes que también podrían 'cambiarse por un saco de balas':

¿Y entonces?

¿Qué harán con nosotros, compañero?

¿Nos amarrarán de las trenzas en fardos

con destino a un sidario cubano?

Nos meterán en algún tren de ninguna parte

Como en el barco del general Ibáñez

Donde aprendimos a nadar

Pero ninguno llegó a la costa

Por eso Valparaíso apagó sus luces rojas

Por eso las casas de caramba

Le brindaron una lágrima negra

A los colizas comidos por las jaibas

Ese año que la Comisión de Derechos Humanos no recuerda

Por eso, compañero, le pregunto

¿Existe aún el tren siberiano

de la propaganda reaccionaria?

Ese tren que pasa por sus pupilas

Cuando mi voz se pone demasiado dulce

¿Y usted?

¿Qué hará con ese recuerdo de niños pajeándonos y otras cosas

en las vacaciones de Cartagena?

¿El futuro será en blanco y negro?

¿El tiempo en noche y día laboral sin ambigüedades?

¿No habrá un maricón en alguna esquina desequilibrando el futuro de su hombre nuevo?

(Lemebel, 2017a, p. 122)

Esta última pregunta -escrita, oralizada e incluso grafiteada de su puño y letra- contiene una de las claves críticas que se reiterará de diversos modos a través de sus crónicas. Sin embargo, desde mi perspectiva, no se trata sólo de desestabilizar este ideal identitario, sino también de visibilizar otras formas posibles de subversión y resistencia. Y eso es lo que parece re-crearse en las memorias que, en el contexto de la revuelta del 2019, llevaron el nombre de Lemebel a la primera línea de fuego.

Finalmente, es importante señalar que el análisis presentado en estas páginas no es un planteamiento indiferente. Se trata más bien de un posicionamiento crítico que no deja de tensionar mis propias memorias y mis propios amores de barricadas. En el espacio que ofrecen los estudios feministas y de género me parece imprescindible no sólo intentar contribuir a la desestabilización de las fronteras epistemológicas, sino también a la desconstrucción de las bases situadas en que se reafirman nuestras propias trincheras. Hay varios pasajes de la obra de Lemebel que apuntan a los amores de barricadas. Su ojo de Loca invita a revisar esa 'educación sentimental revolucionaria' que, anclada a una lógica oposicional, no sólo contribuyó a generizar los cuerpos, sino también a educar nuestros deseos. Deseos permeados por un discurso libertario, pero también encorsetados a un 'deber ser' y devenir compañeras. Lo cual no está exento de repercusiones en el plano afectivo y relacional del cuerpo y sus placeres. Hay tantos puntos que el ojo lemebeliano recorre y descorre acariciando una matriz de complicidad compleja y rica en sus ultrajes. Matriz en que el disputado concepto 'mujer' parece abrir una multiplicidad de diferencias dentro de las diferencias, pero también de alianzas femeninas, afeminadas, feminizantes.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acevedo, C; Elgueta, E. (2009). El discurso homofóbico en la prensa izquierdista durante la Unidad Popular. *Revista Izquierdas*, 2 (3), 1-12.
- Almendros, N. (director). (1984). *Conducta impropia* [documental]. Francia: FR 2, Les Films du Losange.
- Álvarez, I. (2003). El discurso sexual como valor de identidad nacional cubano. *Revista de Humanidades: Tecnológico de Monterrey*, (14), 13-36.
- Cerda, K. (2013). "La Rebelión de los Raros". Primera protesta homosexual en Chile: discursos de la prensa de izquierda. Santiago, abril de 1973. En D. Aceituno y B. Estrada (Coords.), *Miradas y reflexiones a nuestro pasado reciente*. Actas de la I Jornada de Historia de Chile Contemporáneo (pp. 39-55). Valparaíso: PUCV.
- Contardo, O. (2019). *Raro. Una historia gay de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Planeta Chilena.
- Elfit, D. (1991). Las batallas del Coronel Robles. *Revista de crítica cultural* (4), 19-21.
- Grau, O. (2006). La Monja Alférez o las huellas del deseo. En K. Oyarzún (Comp.), *Estéticas y marcas identitarias* (pp. 51-59). Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio.
- Guevara, E. (1967). "Crear dos, tres ... muchos Vietnam". Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental. *Marxists Internet Archive*. Disponible en: https://www.marxists.org/espanol/guevara/04_67.htm
- _____; (1972). Ernesto Che Guevara. Escritos y discursos. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro.
- _____; (2011). *El socialismo y el hombre en Cuba*. Querétaro: Ocean Sur.
- Gutiérrez, T., Tabío, J. (directores). (1993). *Fresa y Chocolate* [cinta cinematográfica]. Cuba: Miramax.
- Hernández, R. (1999). Pedro Lemebel: La provocación como batalla. *Derrame* (2), 36-38.
- Jelin, E. (2011). Subjetividad y esfera pública: El género y los sentidos de familia en las memorias de la represión. *Política Y Sociedad*, 48 (3), 555-569.
- Lemebel, P. (2014). *Adiós mariquita linda*. Santiago de Chile: Seix Barral.
- _____; (2017a). *Loco Afán. Crónicas de sidario*. Santiago de Chile: Seix Barral (original publicado en 1996, Santiago de Chile: LOM).
- _____; (2017b) *Zanjón de la aguada*. Santiago de Chile: Seix Barral (original publicado en 2003, Santiago de Chile y Barcelona: Seix Barral).

Martí, J. (1891). Nuestra América. OSAL, Observatorio social de América Latina (Año XI no. 27 abr 2010).

Disponible en:
<http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/osal/20140310040752/14Martí.pdf>

_____; (1995). Poesía completa. Madrid: Alianza.

Oberti, A. (2014). Las revolucionarias. Militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta. Buenos Aires: Edhasa.

Party, D. (2019). Homofobia y la Nueva Canción Chilena. *El oído pensante*, 7 (2), 42-63.

Paz, S. (2006). El lobo, el bosque y el hombre nuevo. Disponible en: <https://blogs.bgsu.edu/span6350/files/2012/08/Senel-Paz-El-lobo-el-bosque-y-el-hombre-nuevo.pdf> (original publicado en 1990, La Habana: Ediciones Luminaria).

Pin Vilar, J. (director). (2017). Pablo Milanés [documental]. Cuba: Cooperativa producciones.

Power, M. (1997). La unidad popular y la masculinidad. *La Ventana*, (6), 250-270.

Ruiz, M., Vidaurrázaga, T. (2019). Sacrificio, pureza y traición en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, (35), 29-44.

Sierra, A. (2016). "El trabajo os hará hombres": Masculinización nacional, trabajo forzado y control social en Cuba durante los años sesenta. *Cuban Studies*, (44), 309-349.

Silvio Rodríguez. (1975). Playa Girón [canción]. En *Días y flores* [LP]. EGREM, Ojalá, Fonomusic.

_____; (1991). Santiago de Chile [canción]. En *Silvio Rodríguez en Chile* [LP]. EGREM, Fonomusic.

Vidaurrázaga, T. (2007). *Mujeres en Rojo y Negro. Reconstrucción de la memoria de tres mujeres miristas. 1971-1990*. Concepción: Ediciones Escaparate.

_____; (2012). ¿El hombre nuevo?: moral revolucionaria guevarista y militancia femenina. *El caso del MIR. Nomadías*, 0 (15), 69-89.

Zadjermann, P. (directora). (2006). Judith Butler. Filósofa en todo Género [documental]. Francia: Arte France.